

El interés del lector por la biografía de un autor, suele irse animando a medida que se recorre el curso de la obra literaria y se van descubriendo las afluencias, los puntos de intersección o las obsesiones que le dan sentido. En algunos de sus ensayos (*Misbima o la visión del vacío*, 1981) Marguerite Yourcenar describió la natural curiosidad que despierta un escritor ante los lectores, no sólo por aquello que expresa en sus textos, sino por lo que es, un individuo cuya existencia y obra avanzan en un equilibrio inestable, confuso y contradictorio, y quien, como ser humano al fin, terminará siendo un inesperado e involuntario personaje que nos muestra el misterio de cualquier vida sobre la tierra.

Los biógrafos de Marguerite Yourcenar coinciden en calificarla como una escritora itinerante, una viajera del tiempo y el espacio. Su historia personal desde su infancia estuvo marcada por los continuos desplazamientos geográficos, viviendo uno de los aforismos preferidos de su padre, quien repetía constantemente que en cualquier parte donde se estuviera, siempre se estaba mejor que en el seno de la familia. Esta actitud marcaría el desapego y el nomadismo temprano de la escritora, fuera de las relaciones convencionales y opresivas de unos lazos familiares demasiado estrechos para un espíritu amplio, inquieto y aventurero, marcado por la búsqueda de la libertad antes que las oscuras seguridades del parentesco.

Su verdadero nombre fue Marguerite de Crayencour, nacida el 8 de junio de 1903 en Bruselas, de madre belga y padre francés. Michel de Crayencour, el padre, descendiente de una aristocrática familia, se vio a solas con la niña luego de la muerte de la madre debida a unas fiebres puerperales a los pocos días del parto. Este hombre, más que un padre, fue una especie de pedagogo para la hija, un hombre cultivado, de espíritu crítico frente a cualquier orden, amante de la literatura y de los libros. Su signo era la errancia, partir de un lugar a otro, conocer ciudades y países, hacer largas

Marguerite Yourcenar

EL OLOR DE LA TIERRA DESNUDA

Pilar Dughi

Aunque nacida en Bruselas, Marguerite Yourcenar (1903-1987) está considerada como una gloria de las letras francesas. Ingresó a la Academia Francesa en 1980, convirtiéndose en la primera mujer que ocupaba un lugar en la historia de la institución. Estas páginas describen algunas de las más importantes novelas de la autora, en las que se hace patente su filosofía de la composición literaria, lenta y meditada a lo largo de muchos años, indiferente a las exigencias del mercado editorial, atenta solamente a la organización exacta de la escritura. Los personajes que escogía y las épocas que elegía, el mundo latino de Adriano o el renacentista de Zenón, fueron vehículo para encontrar la madera con la que están hechos los seres humanos, aún a pesar de los diferentes momentos históricos o circunstancias.

caminatas en silencio y encontrar el placer en la observación del paisaje y las conductas humanas. En 1919, cuando Marguerite tenía dieciséis años, alienta su vocación literaria financiando la publicación de su poemario basado en la leyenda de Icaro, *El jardín de las quimeras*. Este texto fue firmado por la autora con el seudónimo de Yourcenar, nombre con el que se la conocería desde entonces como escritora.

En 1929, publica su primera novela, *Alexis o el Tratado del inútil combate*, la que es bien recibida por algunos

conocidos críticos del mundo literario parisino, como E. Jaloux, quien aún con algunas reservas, alaba la voz grave y profunda de la narradora, así como la penetración psicológica que muestran los personajes, detalles que atribuye a una escritora de talla¹. Muerto su padre en el mismo año de la publicación, y perdido el compañero infatigable de viajes, Marguerite lleva a cabo una vida errante entre París, Bruselas, Lausana, Holanda, Alemania, Europa Central y especialmente Grecia, país donde pasa largas temporadas. En

la treintena de la edad, recibe una importante fortuna legada por la madre, y pese a las críticas familiares que abogan por la previsión económica frente a los riesgos financieros de los tumultuosos años treinta en Europa, decide no renunciar al placer de un ocio destinado a la reflexión, las lecturas y los viajes, dejando de lado las pausas obligadas que podría representar un trabajo asalariado. Contraria a las costumbres de la época, se convierte en una inusual habitante de hoteles por donde pasea su existencia nómada, sin la

menor voluntad de echar raíces en alguna parte. En los años siguientes continúa publicando ensayos monográficos (Píndaro, 1932), novelas cortas como *El denario del sueño* (1934) y el *Tiro de gracia* (1939), y el volumen de *Cuentos orientales* (1938). Si bien las editoriales francesas le prodigaron una discreta simpatía, nunca fue una escritora difundida ni conocida por los lectores del gran público o los circuitos literarios del París de la pre-guerra. La consideraban una diletante, una persona que no era una profesional literaria puesto que no intentaba labrarse una carrera como escritora y que producía a su aire, bastante alejada de las modas del momento.

MEMORIAS DE ADRIANO Y OPUS NIGRUM

Desde los veinticuatro años de edad, había redactado y destruido sucesivamente una serie de bocetos de un relato basado en la vida de Adriano, el emperador romano del siglo II. Casi tres décadas después, retoma de nuevo el proyecto literario. En el cuaderno de notas que redactó mientras escribía la novela, se describe el origen de su fascinación por este hombre y su época.

*Encontrada de nuevo en un volumen de la correspondencia de Flaubert, releída y subrayada por mí hacia 1927, la frase inolvidable: "Cuando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido aún, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que sólo estuvo el hombre". Gran parte de mi vida transcurriría en el intento de definir, después de retratar, a este hombre sólo y al mismo tiempo vinculado con todo.*²

Luego de desechar centenares de páginas escribe la versión final de *Memorias de Adriano*, tratando de comprender a un hombre que ejerce un poder casi omnímodo en un territorio político formado por numerosos pueblos y culturas, y cuyo



RFB, Ministro de KREE, juramento a la primera promoción de la Academia Diplomática. 1960

¹ Josyane Savigneau (1993) Marguerite Yourcenar. L'invention d'une vie. Ed. Gallimard: París.

² Yourcenar, M. (1984) Memorias de Adriano. Seix Barral: Bogotá, pp. 224.

gobierno debe administrar con astucia las complejas intrigas cortesanas y militares que lo sostienen. A través de Adriano, M. Yourcenar escruta las pasiones y decisiones del hombre político que percibe y teme la muerte de la sociedad que lo ha engendrado, que asiste al descrédito de sus dioses protectores, y que sin embargo conserva la fe hacia la cultura y la civilización alcanzadas por la razón humana. Una muestra de esta búsqueda de sentido que Yourcenar expresa a través de *Memorias de Adriano*, es el momento en que el emperador, sólo frente a sí mismo, trata de examinarse, definirse y conocerse mejor antes de morir: *Como todo el mundo, sólo tengo a mi servicio tres medios para evaluar la existencia humana: el estudio de mí mismo, que es el más difícil y peligroso, pero también el más fecundo de los métodos; la observación de los hombres, que logran casi siempre ocultarnos sus secretos o hacernos creer que los tienen; y los libros, con los errores particulares de perspectiva que nacen entre sus líneas*³.

Revivir una época con cierta objetividad y rigor histórico hicieron de *Memorias de Adriano* un libro difícil de clasificar entre la novela y el ensayo. La misma M. Yourcenar mientras coordinaba con su editor, dudó en calificarlo en uno u otro género, aunque la convención literaria que se ha ido construyendo alrededor del libro en las décadas siguientes suele situarlo en el campo de la ficción. Las declaraciones posteriores hechas por la autora revelan el laborioso proceso de construcción del personaje, a fin de desechar aquello que no consideraba pertinente para él ni para la historia narrada: *Este libro me ha enseñado hasta qué punto soy capaz de juzgarme a mí misma. Por ello, no entiendo, naturalmente, que haya que remitirse a un sistema de referencias, emitir un juicio moral, sino subdividir, establecer relaciones, especies, ver en el conjunto, y desde arriba, la propia vida*⁴.

Publicado en Francia en 1951, el libro se convirtió pronto en un éxito, con posteriores reediciones a nivel mundial. Su siguiente libro, como la mayoría de textos de M. Yourcenar, también



Ministro de RREE con el Presidente de México López Matos en el Museo de Magalán. 1958

tuvo una larga gestación que parte de uno de sus relatos cortos publicados en 1934 (*A la manera de Dureró*), y que luego retomará para trabajar en un texto más complejo hasta llegar a la novela *Opus Nigrum* (1968). El argumento gira en torno al personaje Zenón, un médico y alquimista que se debate continuamente entre la seguridad y la libertad, un dilema del siglo XVI o del XXI. Zenón encarna el destino de Adán, o de cualquiera de sus descendientes, arrojados fuera de la utopía del paraíso original y empren-

*modo los poseas por tí mismo (...). Te coloqué en medio del mundo para que pudieras contemplar mejor lo que el mundo contiene. No te he hecho ni celeste, ni terrestre, ni mortal, ni inmortal, a fin de que tú mismo, libremente, a la manera de un buen pintor o de un hábil escultor, modeles tu propia forma*⁵.

Esta cita concentra el espíritu de la mentalidad renacentista, previa a la revolución copernicana, cuando el hombre todavía se concibe en el centro del universo, e ilumina el devenir de los personajes. A través de la his-

toria trágica de Zenón, se desarrolla el mundo de relaciones sociales cambiantes que se gesta entre la Edad Media y el Renacimiento, y en el que predomina el oscurantismo intolerante de los sectarismos religiosos y los fanatismos. Zenón el inconforme es el hombre que indaga, el que se asombra en la búsqueda de la verdad, pero el que también desconfía de las palabras y de las

glorias mundanas. Tendrá la fría tranquilidad del médico ante la carne y los prejuicios que la condenan, y la ambición transformadora del alquimista, siempre presto para descubrir, probar y ensayar, de qué materia están hecha la vida y los seres que lo rodean. En esa medida, Zenón condensa una filosofía práctica respecto de sí mismo y de las relaciones personales, dilucidando los móviles que guían las conductas de los preladados, los dogmáticos, campesinos o comerciantes de un universo habitado por

los más variados oficios.

Algunos críticos, como J. Blot (1990), señalan que las técnicas literarias de M. Yourcenar, más allá del puro artificio histórico de situar sus argumentos en épocas pasadas, apelan a los mitos culturales universales. Así, la serenidad que muestra Adriano en la última etapa de su vida resucitaría en el lector el mito del hombre sólo,

que luego de haber recurrido a los placeres y los poderes más diversos, es capaz de cristalizar la imagen madura de la senectud, acompañada de toda la carga cultural que significa el legado griego y romano, tan caro a la sensibilidad de occidente. En *Opus Nigrum*, Zenón ilustra otro carácter. Representa la mitología de lucha y fracaso del hombre renacentista —o de cualquier persona— que cree encontrar la libertad a través del conocimiento, pero que termina naufragando frente a la irracionalidad de las fuerzas sociales. Mientras Adriano está en el poder y tiene la fuerza para actuar aún a pesar del peligro, el destino de Zenón, en cambio, es sombrío. No tiene la idea griega de la dicha fácil, o de la grandeza y la felicidad, porque el vértigo desengañado de su época ya no lo permite, su dignidad consistirá en resistir al desastre.

LA VITAL NECESIDAD DE SENTIRSE EN OTRA PARTE

Trazar una semblanza de la escritora no puede soslayar la importancia que los viajes tuvieron no sólo en la biografía, sino también en la obra de M. Yourcenar, puesto que desarrolló una filosofía propia respecto a la experiencia de viajar. Repitiendo lo dicho por la autora, una se escapa de la rutina gracias a la cultura, pero también por los viajes. Desde los albores de la civilización, el desplazamiento de los pueblos ha expresado no sólo necesidad, sino también aventura y riesgo. Los mercaderes de las mil y una noches, los tráfugas de los imperios, los conquistadores ambiciosos o los peregrinos religiosos han salido de la ignorancia de los confines para encontrar lo desconocido y aprender, voluntaria o involuntariamente, de la experiencia. Instrucción y gozo por la vida es lo que

“A través de Adriano, M. Yourcenar escruta las pasiones y decisiones del hombre político que percibe y teme la muerte de la sociedad que lo ha engendrado, que asiste al descrédito de sus dioses protectores, y que sin embargo conserva la fe hacia la cultura y la civilización alcanzadas por la razón humana”.

diendo el camino iniciático para encontrar su propio rostro en confrontación con el mundo, tal y como lo ilustra el fragmento de Pico de la Mirándola colocado a modo de epígrafe al comienzo de la novela: *No te he dado ni rostro, ni lugar alguno que sea propiamente tuyo, ni tampoco ningún don que te sea particular, ¡oh, Adán!, con el fin de que tu rostro, tu lugar y tus dones sean tú quien los desee, los conquiste y de ese*

³ Yourcenar, M. (1984) *Memorias de Adriano*. Seix Barral: Bogotá. pp. 21.

⁴ Goslar, M. (2002) Marguerite Yourcenar. Qué aburrido ser feliz. Ed. Paidós: Argentina. pp. 193.

⁵ Yourcenar, M. (1995) *Opus Nigrum*. Santillana S.A (Alfaguara): Madrid. pp. s/n.

➔ anuncia el poeta griego moderno Kavafis cuando canta los viajes de Ulises. Se ha viajado para regresar a una patria perdida o para conquistar o evangelizar, pero como dice M. Yourcenar, los viajes en busca del conocimiento pertenecen a todos los tiempos: los sabios griegos en Egipto, los romanos en Grecia, los viajes de los japoneses a Corea o China o los de los filósofos occidentales de la Edad Media al mundo musulmán y Asia.

Adriano viaja para conquistar y explorar las fronteras bárbaras, pero también por placer y pasión personales, siendo sensible al bello espectáculo del mundo. Zenón viaja debido a su trabajo de médico, pero también porque es víctima de múltiples persecuciones que lo obligan a huir de un país a otro. Cuando prueba las agradables sensaciones que le producen los primeros viajes, se maravilla por la asociación que establece entre viaje y conocimiento, preguntándose ¿quién puede ser tan insensato como para morir sin haber dado, por lo menos, una vuelta por su cárcel?

Para Yourcenar un viaje significaba *ver bien un país, conocerlo, y hasta cierto punto, hacerlo suyo en el propio presente y el pasado, tratando de ver lo que significa para los que en él viven*⁶. También atravesar los suburbios sórdidos y las aglomeraciones, los mercados donde la gente bulle y regatea los productos, o los cementerios donde las lápidas enseñan el dolor en sus inscripciones; o sentir la tristeza de los habitantes y cono-

cer la historia que la origina. Tan central en la obra y vida de la escritora fue la experiencia del viajar, que la comparaba, metafóricamente, con las tendencias naturales que movilizan a las aves migratorias: un impulso casi místico por partir, una vital necesidad de sentirse en otra parte.

EL OLOR DE LA TIERRA DESNUDA

Yourcenar, celosa de su libertad y contraria a toda servidumbre, privilegió la voluntad de elección, aceptando separarse del rebaño para afirmarse a sí misma, guiando su camino con la metáfora con la que alguna vez intentó explicar lo extraño que era la vida de uno de sus personajes: todo fluye como el torrente de un río, a veces límpido, a veces fangoso, pero sólo los hechos importantes, en vez de depositarse en el fondo del lecho, emergen a la superficie y alcanzan con nosotros el mar. La escritora, desde muy joven, se inventó a pulso su propia vida, y tal vez por esta razón fue sensible a extraer de la reflexión vital el relieve humano y la profundidad ontológica de su obra. El mismo esmero tuvo con los tiempos de la creación. Decía que había que esperar que un tema literario creciera como una planta a la que se riega cuidadosamente, hasta que logran brotar sus yemas entre las raíces y se llega a sentir el olor de la tierra desnuda. ■

⁶ Yourcenar M. (1993). Una vuelta por mi cárcel. *Santillana S. A: Madrid*, p. 174.



Raúl Porras y Jorge Basadre

POESÍA / MARGUERITE YOURCENAR

EL POEMA DEL YUGO

Las mujeres de mi país llevan sobre los hombros un yugo;
Su corazón pesado y lento oscila entre esos dos polos;
A cada paso, dos grandes baldes de leche chocan
Uno con otro contra sus rodillas;
El alma materna de las vacas, la espuma del pasto masticado,
Brotan en olas nauseosas dulces.

Soy igual que la sirvienta de la granja;
A lo largo del dolor me avanzo de un paso firme;
El balde del lado izquierdo está lleno de sangre;
Puedes beber y saciarte de ese pujante jugo.
El balde del lado derecho está lleno de hielo;
Puedes inclinarte y contemplar tu rostro laso.
Así voy entre mi destino y mi suerte,
Entre mi sangre caliente y líquida y mi amor límpido muerto.
Y cuando esté segura que ni espejo ni bebida
Pueden ya distraer o sosegar tu corazón salvaje,
No quebraré el espejo resignado,
No volcaré el balde donde sangró toda mi vida.
Iré llevando mi balde de sangre en la noche negra
Allí donde están los muertos que en él a beber vendrán.
Iré donde están las olas con mi balde de hielo;
El breve gemido de la orilla será menos dulce que mi llanto;
Un rostro pálido grande se asomará a la duna
Y ese espejo, que ya no quieres, reflejará la faz calma de la luna.

HOSPES COMESQUE

Cuerpo llevando el alma, siempre vanamente
Vuelvo a pensar en ti y te vuelvo a olvidar;
Corazón infinito en el cáliz naciente;
Boca que busca el nuevo verbo de besar.

Mares de navegar, fuentes para beber;
Trigo y vino ritual en la mesa mezclados;
Refugio de dulzura el vago adormecer;
Tierra que se despliega en los pasos alados.

Aire que me llenas de espacio y de equilibrio;
Nervios por donde viaja el cóncavo delirio;
Mirada interrumpida en el vasto universo.

Cuerpo, compañero, juntos nos moriremos.
No puedo no querer la sombra que tenemos,
No apresar con ella el resplandor de un verso.

IMPROMTU

Para la muerte de Marie Laurencin

El ángel de la muerte te saluda
María, alma llena de gracia,
Apolo allí arriba prepara tu lugar.

El verano pasa, y pasa el invierno.
La cierva del bosque se perdió...

Los ángeles blancos, rosados y azules
Llegaron aquí para llevarte al cielo.

De Las caridades de Alcipo. Traducción: Silvia Barón